



EX LIBRIS

ELENA PONIATOWSKA

LA NOCHE DE TLATELOLCO

TESTIMONIOS DE HISTORIA ORAL





Poniatowska, Elena

La noche de Tlatelolco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Marea; México: Era, 2015.

352 p. ; 21x13 cm. - (Ficciones reales / Cristian Alarcón; 11)

ISBN 978-987-3783-05-0

1. Crónica Periodística. I. Título

CDD 070.44

Edición: Constanza Brunet

Diseño de la colección: Grupo KPR

Diseño de tapa y del interior: Hugo Pérez

Fotografía de tapa: IISUE/AHUNAM/Fondo Manuel Gutiérrez Paredes,
n.2615. Imagen modificada por el diseñador.

© 2012 Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, Ediciones Era,
México.

©2015

Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371 – 1511

editorialmarea.com.ar

Ediciones Era S.A. de C.V.

Calle del Trabajo 31, 14269 México, D.F.

ISBN: 978-987-3783-05-0

Impreso en Argentina

Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

A Jan
1947-1968

PRÓLOGO

1968 marcó a los estudiantes de México y a sus padres y a la sociedad más cercana a la juventud. Un mes antes de la masacre del 2 de octubre, Guillermo Haro sonreía mientras atravesaba el estacionamiento frente a la Facultad de Ciencias, en el bellissimo campus de Ciudad Universitaria, al oír la voz de un muchacho gritar a través de un amplificador: “UNAM, territorio libre de América”. La UNAM era no sólo el corazón de nuestra ciudad, también resultó ser su barómetro; allí, en sus edificios hervían los ideales (o como diría Octavio Paz, los sesos). Para un país pobre como el nuestro, ingresar a alguna de las facultades de la UNAM era y es la posibilidad de un futuro, una garantía de vida. El Poli, en el norte de la ciudad, también vivió el movimiento y la muerte. En la UNAM, en 1968, había 95 588 estudiantes.

A partir del 22 de julio de 1968, el movimiento se levantó hasta convertirse en una ola alta y poderosa que los mexicanos miraban expectantes. Cada manifestación se hacía más numerosa: los padres de familia, los amigos, los vecinos acompañaban a los muchachos, el Paseo de la Reforma se cubría de simpatizantes felices y emocionados que se preguntaban “hasta dónde vamos a llegar”. “¡Únete pueblo!”: los que permanecían de pie en la acera se unían a algún contingente y se echaban a andar. Una viejita que aplaudía exclamó: “Quiero dejarle un México mejor a mis nietos”. ¡Qué fiesta capaz de contagiar al más timorato! El ceño de los políticos se fruncía, sus puestos peligraban, jamás pudieron prever algo

semejante. “¡Únete pueblo agachón!” “¡Sal al balcón, hocicón!” “¡Viva México!” “¡Viva la Universidad!” “¡Goya... Goya... Cachún, cachún ra ra!” “¡Viva el Movimiento Estudiantil!” Ya no había agachados. El 2 de octubre la ola reventó, revolcó a muchos y la resaca se llevó a demasiados jóvenes.

Una de las imágenes que resultó definitiva y se imprimió en la mente de los estudiantes fue el bazukazo en San Ildefonso, en la puerta del siglo XVIII que resguardaba la Preparatoria. Los muchachos lo vivieron como una violación. Al día siguiente, el 30 de julio, el rector Barros Sierra izó la bandera mexicana a media asta en Ciudad Universitaria. Florencio López Osuna (que habría de sufrir todas las humillaciones y cuyas fotografías parten el corazón) inquirió indignado: “¿Por qué tenían que hacerle eso a la puerta?” Parecía referirse a su cuerpo.

Guillermo Haro nunca decía groserías. “¡Hijos de la chingada!” lo oí exclamar el 18 de septiembre en la mañana en que abrió el Excélsior día en que el ejército tomó Ciudad Universitaria.

El 2 de octubre de 1968, en la noche, recogí el primer testimonio. Las maestras María Alicia Martínez Medrano y Mercedes Olivera regresaron del mitin en Tlatelolco con un shock nervioso. Aún no se enteraban que habían dejado atrás a la antropóloga Margarita Nolasco quien pasó toda la noche aterrada buscando a su hijo. Gritaba piso por piso, corredor tras corredor, puerta por puerta del edificio Nuevo León: “¡Carloooooo...! ¡Carloooooo...! ¡Carloooooo...! ¡Carlitoos!”

El 3 de octubre, a las siete de la mañana, después de amamantar a Felipe nacido cuatro meses antes, fui a la Plaza de las Tres Culturas, cubierta por una especie de neblina. ¿O eran cenizas? Dos tanques de guerra hacían guardia frente al edificio Nuevo León. Ni luz, ni agua, sólo vidrios rotos. Vi los zapatos tirados en las zanjas entre los restos prehispánicos, las puertas de los elevadores perforadas por ráfagas de ametralladora, las ventanas estrelladas, todos los comercios cerrados, los aparadores de la tintorería, de

la cafetería, de la miscelánea hechos añicos, la papelería destruida, las hojas rotas, las huellas de sangre en la escalera y la sangre sin lavar, la sangre encharcada y negra en la plaza. Los habitantes desvelados, perdidos, hacían cola frente a una llave del agua. Un soldado esperaba a que otro liberara la caseta del teléfono. Lo oí decir: “Pónme al niño, no seas mala, quiero oír al niño, quién sabe cuantos días nos tengan aquí”. Nadie barría los escombros, nadie se movía, la desgracia era finalmente una foto fija. Entre las piedras descubrí una corcholata: “Amo el amor”.

En el jardín de Santiago Tlatelolco todas las flores pisoteadas daban lástima.

Desde ese momento empecé a recoger testimonios. Primero el de María Alicia, el de Margarita Nolasco que recuperó a su hijo, el de Mercedes Olivera. Las tres buscaron a otros testigos, y luego conseguí el de muchos más que venían a la casa traídos por María Fernanda Campa, la *Chata*, mujer de Raúl Álvarez Garín.

En la noche solía llamarme Celia, la madre del *Búho*: “En el periódico salió una foto tomada en la cárcel y estoy segura que uno de ellos era mi hijo, mi hijo golpeado bajando una escalera de la crujía H de Lecumberri. No traía anteojos y para él son de vida o muerte. ¿Cómo podemos hacerle?”

Diez días después de la masacre, el 12 de octubre, fecha de la inauguración de las Olimpiadas, el editorialista José Alvarado publicó en *Siempre!*:

Había belleza y luz en las almas de los muchachos muertos. Querían hacer de México morada de justicia y verdad: la libertad, el pan y el alfabeto para los oprimidos y olvidados. Un país libre de la miseria y del engaño.

Y ahora son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas.

Algún día habrá una lámpara votiva en memoria de todos ellos.

Abrazar a Felipe, mi niño casi recién nacido, contrarrestaba con el horror de la muerte y las desapariciones, los relatos de cárcel, la angustia de los padres de familia. A cada regreso me precipitaba sobre él para sacarlo de su cuna y apretarlo, mecerlo, troquelarlo como una medalla sobre mi pecho: “¿Qué traes con ese niño?”, decía Guillermo, pero él también lo sacaba de la cuna y lo miraba de cerca.

Guillermo Haro había hecho amistad con el doctor Eli de Gortari a través de la colección de libros Problemas Científicos y Filosóficos que ambos dirigían. Eli de Gortari cayó preso al lado de otros maestros que apoyaban a los estudiantes. Guillermo ya conocía Lecumberri porque en 1959, como miembro de El Colegio Nacional, recogió en la crujía H el retrato de Alfonso Reyes pintado por Siqueiros, encarcelado por orden de López Mateos. También conocía yo Lecumberri desde 1959. El único problema era dejar a salvo a Felipe, porque a los bebés, las “monas” o celadoras los maltratan al desvestirlos para ver si no llevan droga en su pañal. Decidimos encargarlo unas dos, tres o cuatro horas al cuidado de Yolanda Haro, esposa de Ignacio, hermano menor de Guillermo.

De joven, Guillermo había repartido la revista *Combate*, que dirigía Narciso Bassols con José Revueltas, su gran amigo, aunque ya se veían poco. Al ir a ver a Eli de Gortari, pasamos a visitarlo al Polígono. Guillermo viajó al observatorio de Biurakan en Armenia, y seguí yendo sola a Lecumberri con cierta regularidad. Siempre me apuntaba en la lista de Gilberto Guevara Niebla porque su familia en Sinaloa no podía visitarlo. Cada preso tenía derecho a cinco “visitas” y la boleta del líder tenía libres el 3, el 4, el 5. Cuando Gilberto hizo huelga de hambre, a partir del 10 de diciembre de 1970, su piel se volvió verde como las cáscaras de limón que iban acumulándose encima de la mampostería de dos literas en una celda vacía. Lo sentí especialmente afectado. “¡Libertad presos políticos! ¡Libertad presos políticos!”

El domingo 1° de enero de 1970, los presos del orden común, como una horda salvaje, entraron con sus tubos, sus varillas, sus palos de escoba a la crujía H, a golpear y a saquear a los presos políticos. Ya había salido de la cárcel “la visita”, pero algunos familiares alcanzaron a oír los gritos. “¡Ahora sí que se los va a llevar la chingada a estos intelectuales!” Robaron sus máquinas de escribir, sus libros, sus archivos, sus colchonetas, sus almohadas, su jabón y su cepillo de dientes, sábanas y cobijas, se llevaron sus sartenes y parrillas, rompieron radios, relojes, sillas y mesas difíciles de conseguir (porque en la cárcel todo es imposible y todo gira en torno al dinero), y los agredieron físicamente durante más de cuarenta minutos con la anuencia de los carceleros. El pobre patrimonio de cada preso fue reducido a la nada en un cuarto de hora. En la crujía C, donde estaba la mayoría de los 115 presos políticos, en la M, en la N, la destrucción fue total. “¡A acabar con los libros de los intelectuales de la M!” Quemaron los escasos volúmenes de José Revueltas, Eli de Gortari, Heberto Castillo, Armando Castillejos. Según testigos, el subdirector del penal, Bernardo Palacios Reyes, abrió la crujía de los drogadictos, la F, los azuzó para que fueran a asaltar a los “políticos”. Recuerdo la indignación de don Antonio Karam, quien habría de publicar un reportaje de denuncia en su revista *La Garrapata*.

Al principio, Raúl Álvarez Garín llamaba a sus compañeros: “Vengan a hablar con Elena”, y nos acomodábamos en su celda. Unos permanecían de pie, me ofrecían la litera: “Siéntate, siéntate tú”. Pablo Gómez preparaba el desayuno e invitaba a todos a probar sus “pinchemil huevos”. A las cuatro de la tarde, la salida era muchísimo más fácil que la entrada a Lecumberri. Tres o cuatro veces fui con Montserrat Gispert, que todos llamábamos *Betty*, por Betty Boop. Nunca le vi a mi compañera ningún parecido con Betty Boop, pero la quise porque su sonrisa daba valor. Y su acento español. Las españolas son bien valientes. Nos formábamos en una larga fila frente a la gran puerta de hierro. “Tienes que

cambiarte de nombre”, pidió. Ella lo escogía y me lo hacía repetir, pero a media fila inquiría nerviosa en voz alta: “Oye, Betty, ¿cómo dijiste que me llamaba?”

Al regresar a la casa, reconstruía yo lo que me habían dicho los estudiantes, al lado de Felipe dormido. Le decía: “Dentro de veinte años a ti te irá mejor, a ti nunca te va a pasar eso”.

A través de los abogados Carmen Merino y Carlos Fernández del Real, los presos me hacían llegar mensajes, inquietudes, la petición de un libro. A través de los abogados también, le envié a Luis González de Alba la fotografía de Pedro Meyer para la portada de su novela *Los días y los años*. El muchacho parado encima del toldo del automóvil arregando a la gente se parecía a él.

¿Por qué tenían que hacerles eso a los estudiantes? ¿Por qué vejarlos? ¿Por qué desnudarlos? ¿Por qué encarcelarlos? ¿Por qué deshacerles la vida? ¿Por qué ponerle al joven agrónomo Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca una pistola en la sien? ¿A título de qué o de quién lo torturaron? ¿Quiénes se han repuesto de sus años de cárcel?

Alguna vez Álvaro Mutis me dijo que nadie ni nada podía devolverle sus horas de vida en la cárcel. Me contó que ahí adentro conoció el México verdadero. Los presos anhelan el mundo exterior, buscan noticias de él: “¿No ve usted que los presos tenemos una generosa cuota de tiempo disponible y con ella una urgencia terrible de verificar la existencia de ese mundo exterior –de ‘esa gente de afuera’...?” Cabeza de Vaca nunca vio su encarcelamiento como una desgracia, siempre estuvo dispuesto a sacar lo mejor de sus días. Heberto Castillo leía de día y de noche. Qué asombroso que él, entre los muchachos del 68 y los luchadores maduros como Armando Castillejos, se mantuviera optimista y sonriera al abrir la puerta de su celda: “Pásale por favor, qué gusto que hayas venido”. El que más me conmovió fue Manuel Marcué Pardiñas, director de *Problemas Agrícolas e Industriales* y de la revista *Política*, porque se sobreponía a sus ataques de epilepsia. Nunca se

quejó; mientras que otros caían en el “carcelazo”, él le daba vueltas a paso redoblado al Polígono, hasta que el cansancio lo llevara a tirarse en su litera. Álvaro Mutis alguna vez me escribió en una de sus cartas: “El *carcelazo* es un terrible estado de ánimo. Es cuando se le cae a uno encima la cárcel con todos sus muros, rejas, presos y miserias. Es como cuando se hunde uno en el agua y busca desesperado salir a la superficie para respirar, todos los sentidos, todas las fuerzas se concentran en eso tan ilusorio y que se hace cada día más imposible y extraño... ¡salir!”

Visitar a los estudiantes en la cárcel preventiva fue una lección. También fue una inversión de vida y de tiempo. La *Chata* María Fernanda Campa recuerda: “Pasé mi juventud en ir y venir de la cárcel de Lecumberri a la de Santa Marta Acatitla. En Lecumberri veía a Raúl (Álvarez Garín), en Santa Marta Acatitla a mi papá (Valentín Campa)”.

Manuela Garín de Álvarez, madre de Raúl, jamás imaginó que su hijo pudiera caer preso. Sabía que Raúl pertenecía al Consejo Nacional de Huelga, porque así era él, aguerrido y defensor de las causas justas. Su espíritu de pelea se manifestó desde que era niño. Tania, su hermana, era más dócil, obedecía, pero Raúl quería una explicación para cada una de las órdenes que le daban sus padres. Manuela, matemática, intentaba domar su rebeldía. Sin embargo, de ahí a convertirse en un preso había un largo trecho que Raúl cruzó en unos segundos.

El 2 de octubre a Manuela la llamó su marido, también de nombre Raúl: “No salgas porque esto está horrible. El ejército tomó la plaza.” Esa misma noche, su hijo Raúl desapareció y a partir de ese momento Manuela fue con Raúl padre a ver al procurador, que no los recibió. Entonces, el matrimonio Álvarez Garín sacó desplegados durante más de un mes en *El Día*. “Han pasado cinco días y no sabemos nada de nuestro hijo Raúl Álvarez Garín.” Manuela recogía todos los murmullos: que a los muchachos los han visto en Santa Marta Acatitla; que están en el Campo Militar número 1;

que se los han llevado fuera de la ciudad; que a X lo mataron; que Z pudo huir; que los padres de Y se encerraron en su terror y no le abren a nadie.

Cuando Manuela por fin logró verlo en su celda en Lecumberri, no hubo lágrimas ni lamentaciones. Raúl, muy serio, la saludó con una frase que cuarenta años después no olvida: “Mamá, hay muchos muchachos que no tienen quien los defienda, hay que buscarles un abogado...” También le advirtió: “Mamá, por favor, no vayas a traer nada que esté prohibido, para no tener que pedirles nunca nada a estos carceleros”. Su insistencia rayaba en la angustia: “Nunca les vayas a pedir nada a ellos ni a los del gobierno”. Raúl Álvarez aprendió de Manuela que “si uno está haciendo lo que le dicta su conciencia, ¿por qué tienes que agachar la cabeza delante de un tipo que se porta de una manera injusta y canalla?”

“Tráeme una cazuela grande para cocinar para varios” fue lo único que Raúl sí pidió, y Manuela tuvo que sacar el permiso en la dirección del penal y le dijo al militar que lo autorizó: “A usted le consta que la cárcel de estos muchachos es una injusticia”.

En el 68 los muchachos creían en sus líderes, se identificaban con ellos. Todos eran compañeros, camaradas, pero Raúl era su líder. “Hay que saber ser líder, usar ese poder como herramienta, no como arma”, dice Manuelita.

La lucha de los jóvenes no fue improvisada, no nació de un día para otro, explica la *Chata* Campa: “Cuando llegó el 68, veníamos de un movimiento estudiantil triunfante, cada vez mejor organizado, cada vez más fuerte. Se logró una capacidad de lucha que, hoy en día, la gente mayor, digamos los viejos o los no tan jóvenes, califican de excepcional”.

Ahora, muchos dicen que anduvieron en el 68 y lo repiten como si ésa fuera su tarjeta de identidad. Muchos también aclaran: “A mí me pasó algo mucho peor de lo que usted cuenta en su libro. ¿Por qué no me entrevistó?”

Entrevistar a los jóvenes que estaban en libertad resultó difícil.

“Yo le cuento pero no vaya a poner mi nombre.” Nadie quería hablar. Tenían miedo de regresar al Campo Militar número 1, miedo a la persecución, miedo al ejército y a la policía, miedo a volver a vivir la noche de Tlatelolco.

El 2 de octubre –continúa la *Chata*– no fue un día, una noche, unas horas. El 2 de octubre se extendió más allá de lo imaginable. Los presos políticos lo saben muy bien; su sed de justicia los llevó a permanecer varios años en la cárcel, después en el exilio, algunos prefirieron morir como Leobardo, el *Cuec*, quien se suicidó al salir de Lecumberri.

Sin duda alguna, fue una lucha con un costo altísimo. Quienes murieron esa noche jamás regresarán y tenemos una deuda muy grande con ellos, porque los de esa generación tienen su palomita. Se iniciaron en la discusión política nacional con una inmensa desventaja y a la larga resultaron vencedores. El 2 de octubre y las marchas, hace cuarenta y cuatro años, sirven para darles calor a todas las luchas actuales, las que nadie pela.

María Fernanda Campa es la primera doctora en geología de la UNAM. No lo presume. Su trayectoria envidiable está a la luz de todos. Tampoco presume su capacidad de lucha, su formación política, su denuncia de la corrupción de Pemex, año tras año, el horror que le produce la forma en que se ha explotado nuestro patrimonio. Ningún dirigente de Pemex se salva; nuestro petróleo ha sido el botín de políticos que han traicionado a México. La *Chata*, ingeniera, sabe más que muchos teóricos pero jamás habla en forma altanera o despectiva. Manuela Álvarez Garín está orgullosa de haber sido su suegra, aunque la palabra suegra difícilmente puede aplicársele a ella porque es más cálida que un rayo de sol a medio día. Manuela considera a la *Chata* una hija esclarecida y patriota, por más que la palabra “patriota” pueda haberse desgastado, pero en estas dos mujeres decir “patriota” es tomar a México en brazos y acunarlo como a un hijo.

Personalmente no tenía (ni tengo) ninguna formación política. Si acaso, diez años antes del 68 visité en Lecumberri a los ferrocarrileros presos: el carpintero Alberto Lumbreras, Dionisio Encinas, Demetrio Vallejo, siempre en una celda de castigo, Miguel Aroche Parra, Filomeno Mata Alatorre, ya muy grande, y un primo de Esther Zuno de Echeverría, cuyo esposo sería presidente de la República. El grabador Alberto Beltrán me hizo conocer el México de las barriadas, los comedores populares en los que la atracción es la sopa de médula y el vals “Sobre las olas” del cilindrero de la esquina. Entrar al otro México fue un aprendizaje lento y profundo; descubrí otras formas vitales, “otro modo de ser humano y libre”, como diría Rosario Castellanos; acorté distancias y supe cuántas sorpresas se dan en la relación con seres humanos inesperados. Espero no haberles fallado, aunque sé que muchas veces me he fallado a mí misma.

Manuela Álvarez Garín es una mujer bella y fuerte que a sus noventa y ocho sonríe con facilidad. “¿Estás bien?” “¿Tienes para tu transporte?” (abre su bolsa). “¿Cómo te viniste?” La Madre Coraje de Brecht se queda corta. “Cuídate mucho.” Se da cuenta de que yo soy de las incautas que creen que todo el mundo es bueno, todos lo quieren a uno, todo es fácil y todo va a salir bien. Mientras que, en la cárcel, los presos políticos cargan el día, yo lo atravieso. ¿Ya se hizo de noche? Ni cuenta me di; Manuela, sí. Tampoco sabía yo del egoísmo y la indiferencia de las “autoridades”, el “Señor Misterio”, como llaman los presos más pobres al Ministerio Público, ni imaginaba el peligro o el miedo. Manuela sí, porque Manuela viene de regreso de todos los peligros al igual que la *Chata*, su nuera, cuyo padre, Valentín Campa, pasó más tiempo en la cárcel que en libertad, igual que José Revueltas.

Cuando Raúl salió exilado a Perú después de dos años y ocho meses de cárcel, el juez le dijo a Manuela:

–La felicito señora porque su hijo es una persona íntegra, correcta.

—Sí, porque su lucha es justa y no tenemos por qué agachar la cabeza.

“¿Qué será de nosotros los mexicanos que tenemos esa vieja costumbre de agacharnos? ¿Por qué ante una injusticia preferimos callarnos? He visto a tantos alejarse del lugar de un accidente que un día le pregunté a una señora y me respondió: ‘¿Qué no sabe que a usted pueden culparla?’ ¿Por qué pedirle uno perdón a una gente que te está tratando injustamente?”, inquiría Manuela encendida por la indignación.

A pesar del peligro, los estudiantes de 1968 decidieron alzar la voz. Monsiváis señala que en ese año comenzó la defensa de los derechos humanos en nuestro país.

“Durante años no nos permitieron movilizarnos al Zócalo. Era un ambiente de represión canija, incluso había más y más presos y luego pasamos a la guerra sucia con los desaparecidos y con las guerrillas de los muchachos desesperados. Fueron años difíciles en los que empezamos en condiciones muy desfavorables a luchar por la verdad y la justicia de lo que había sucedido el 2 de octubre”, recuerda la *Chata*.

La *Chata* también recuerda que el Palacio Negro de Lecumberri no se parecía en nada a Santa Marta Acatitla, copiada de las cárceles estadounidenses, en las que esperaron su libertad Valentín Campa y Demetrio Vallejo. En Lecumberri, cada crujía tenía un mayor, un preso con autoridad (Álvaro Mutis, por ejemplo, fue mayor) e, incluso en la cárcel, los jóvenes hicieron valer sus derechos. “Somos presos políticos, no delincuentes.” Durante dos años y ocho meses no dejaron de luchar por mejorar las condiciones de vida de los presos y por responder a sus necesidades.

Dos churreros cayeron en Lecumberri porque el 2 de octubre a las cinco de la tarde, al ver una multitud frente al edificio Nuevo León, pensaron que podrían vender todos sus churros. Una vez encerrados, como no sabían leer y escribir, firmaron con una equis cuanto papel les pusieron en frente. Los estudiantes preguntaban:

“¿Y tú, por qué estás aquí?” Así sacaron en libertad a varios inocentes.

Lecumberri resguarda sus consignas, los “carcelazos” que seguramente experimentaron, su espíritu libertario, su capacidad de combate que afloró hasta el último día de su injusta condena.

De la masacre del 2 de octubre queda un recuerdo amargo. ¡Qué poca cosa, qué inferior se habrá sentido el presidente de México ante la voz de los estudiantes, para acallarla con las armas! Los jóvenes no tenían más armas que su juventud. (Revueltas siempre fue joven.) Sólo a balazos aniquiló Díaz Ordaz las peticiones que no podía atender. ¡Cómo habrán herido las consignas del CNH al gobierno, que les respondió con ráfagas de plomo!

Castigaron a los muchachos, pero ¿quién castigó a Díaz Ordaz? Raúl Álvarez Garín y su inseparable Félix Lucio Hernández Gamundi, Daniel Molina, Javier el Güero y muchos otros lo enjuiciaron, y consiguieron que a Luis Echeverría, secretario de Gobernación en 68, le dieran su casa como cárcel. Al arresto domiciliario en San Jerónimo acudieron Rosario Ibarra de Piedra y Jesusa Rodríguez, que aventaron cubetazos de pintura roja en contra de su puerta de madera. Seguramente muchas madres, como Manuela, están más tranquilas porque la masacre no es una hoja arrancada de la historia del país: “Lo que va a quedarse para siempre en la historia es que el 2 de octubre fue un genocidio. Si Luis Echeverría cometió un genocidio, debe responder por ese genocidio; lo mismo que los demás”, dice Manuela, con esa seguridad que la agiganta y la hace admirable.

La *Chata* recuerda que antes del 2 de octubre, los estudiantes vivían embriagados por el gusto de hacerse ver y escuchar: “Se confiscaron todos los camiones del Politécnico. Entraban miles de pesos en los botes de Mobil Oil en los que recogíamos el dinero que nos daban en la calle. Además de la boteada, estábamos organizados y muchos hacíamos *happenings* en las esquinas de las calles, en los mercados. Repartíamos volantes que imprimíamos

toda la noche en Ciudad Universitaria o en el Poli. Nos reuníamos durante horas a concertar las próximas acciones decididas por el Consejo Nacional de Huelga”.

La ciudad de México, que siempre tiene olvidados a sus jóvenes y los llama haraganes, buenos para nada, revoltosos, mitoteros, fue tomada por los estudiantes. “Tomar la calle”, ¡qué grito de alegría! Los poderosos ignoraron su capacidad de convocatoria. Los muchachos pedían que las autoridades del país escucharan sus peticiones y entablaran un diálogo, querían “hacer patria”.

1968 es significativo porque en el mundo entero hubo manifestaciones a favor de la defensa de los derechos humanos, en contra de la opresión y en Francia, en Japón, en Checoslovaquia los jóvenes se levantaron para decir que no aceptaban el mundo que les habían heredado sus padres y que no seguirían las reglas del pasado, no irían a Vietnam, exigían paz y amor, flores amarillas y cabellos largos, la “V” de la victoria y las canciones de Joan Baez en contra de la condena de Sacco y Vanzetti. Para los estudiantes mexicanos, el 68 fue mucho más lejos que cualquier consigna. Quienes estuvieron en la Plaza de las Tres Culturas recuerdan el 2 de octubre como un parteaguas. “Esto lo veíamos en la televisión, jamás creímos que nos sucedería a nosotros.” Nunca imaginaron que sus compañeros morirían en la Plaza de las Tres Culturas ni que el ejército mexicano los vejaría, los desnudaría, les cortaría el pelo a bayonetazos.

Para desgracia del país, las autoridades son expertas en esconder la verdad, en cambiar las cifras a su favor, hacer trampa, mentir, y nunca sabremos cuántos murieron. Algunos jóvenes quisieron ponerse en los zapatos de los soldados y alegar que ellos sólo obedecían órdenes, para eso los entrenan, pero ¿quién se puso en los zapatos de los muertos? ¿Quiénes eran los dueños de los zapatos que quedaron tirados en la plaza, los de mujer, los de hombre, los de niño? ¿Quién podría tomar el lugar de los familiares angustiados por saber de sus hijos, esposos, hermanos? Les arrebataron la

vida a muchos. “Los jóvenes pagaron con sangre su sed de justicia, pero ¿por qué tiene que ser tan cara, si protestar y denunciar es un derecho de toda la humanidad?”, alega Manuela Garín.

El 2 de octubre hubo muerte, miedo, injusticia, pero también conciencia y lealtad. A pesar del peligro, los habitantes del edificio Nuevo León en Tlatelolco se solidarizaron con los muchachos y los escondieron o los sacaron de sus departamentos al amanecer después de haberlos cuidado toda la noche.

¿Dónde quedó la paloma de la paz? La imagen de México, ensangrentada, llegó hasta Nueva Delhi y allá la vio Octavio Paz, quien escribió mientras renunciaba a ser nuestro embajador: “Ante la indignación del mundo entero, los jóvenes fueron asesinados. En muchos países del mundo hubo movimientos estudiantiles, el único que terminó con una masacre fue el mexicano”.

¿Cómo podía ser moderno y justo y ejemplar el país (que GDO quería presentar al extranjero el 12 de octubre, día de la inauguración de las Olimpiadas) si acribilló a sus estudiantes?

Cuarenta y cuatro años más tarde, el 11 de mayo de 2012, surgió un movimiento que tomó por sorpresa a nuestro país con su espontaneidad y su frescura: #Yosoy132, y la ciudad de México sacudió sus telarañas y su desesperación y todos respiramos mejor. Nació “una pequeña república estudiantil”, como lo dice Carlos Acuña.

Durante esos cuarenta y cuatro años, ¿qué había pasado en el país? Después de Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría impuso a De la Madrid, quien a su vez impuso a Salinas de Gortari por encima del verdadero ganador, Cuauhtémoc Cárdenas. Seis años más tarde, su candidato, Luis Donald Colosio, fue asesinado en Tijuana el 23 de marzo de 1994, en Lomas Taurinas, Tijuana, y este crimen propició el ascenso al poder de Ernesto Zedillo, quien a su vez le entregó la banda presidencial a Vicente Fox, del PAN (partido de oposición), que defraudó a los mexicanos como habría de

hacerlo su sucesor Felipe Calderón. (Una joven estudiante del #Yo soy 132 refutó a la candidata del PAN, Josefina Vázquez Mota, y le dijo que cuando ella hablaba de estabilidad económica, tenía que recordar que “vivimos en un país con 52 millones de pobres y 7 millones de nuevos pobres en este sexenio: 11 millones en pobreza extrema”.)

Durante estos cuarenta y cuatro años, surgió una ciudadanía nueva, alerta, crítica y desencantada, cuyo punto de referencia era la masacre del 2 de octubre de 1968. Varios jóvenes se convirtieron en guerrilleros, varios maestros rurales inconformes canjearon la pluma por el fusil y se refugiaron con sus seguidores en la sierra de Guerrero. (Habría que recordar la mejor novela de Carlos Montemayor: *Guerra en el paraíso*.) El gobierno persiguió a los contestatarios y conocieron la tortura. A doña Rosario Ibarra de Piedra le “desaparecieron” a su hijo Jesús, e inició el movimiento Eureka con otras madres que gritaban: “¡Vivos los llevaron, vivos los queremos!” Los desaparecidos mexicanos eran aún más invisibles que los argentinos, porque México había sido el refugio de todos los perseguidos políticos de Chile, de Argentina, de Uruguay, de Guatemala: ¿cómo podía entonces encerrar a sus opositores? El gobierno negaba que hubiera tortura, “separos” y cárceles clandestinas.

La censura acalló no sólo la masacre del 2 de octubre, sino la responsabilidad de ingenieros y arquitectos cuyos edificios gubernamentales, hospitales y maternidades fueron los primeros en desmoronarse a la hora del terremoto de 1985, así como el estallido de gas de San Juanico que provocó la muerte de 600 personas y hospitalizó a más de 2 500, entre niños, mujeres y ancianos. Las denuncias se silenciaron con la advertencia de la vuelta a la normalidad: “Está usted denigrando la imagen de México” fue la forma de silenciar cualquier protesta, cualquier aclaración.

Sólo hasta el advenimiento de Cuauhtémoc Cárdenas como jefe de Gobierno comenzó a hablarse en público del 2 de octubre de 1968, porque él mandó izar la bandera del Zócalo a media

asta. Antes, en la Secretaría de Educación Pública a Mariana Yampolsky, directora de Publicaciones, le llamaron la atención porque hicimos juntas un libro en el que aparecía el asesinato de los estudiantes el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas.

El 1° de enero de 1994 se levantaron en armas los nuevos zapatistas al lado de su portavoz, el subcomandante Marcos, quien desde el fondo de la selva chiapaneca escribió uno de los textos más bellos que puedan leerse en México: “¿De qué nos van a perdonar?”

La guerra contra el tráfico de drogas puede resumirse en los encabezados de los periódicos: “Cadáver colgado de un puente en Monterrey”, “Adolescente muere por tiroteo en Iztapalapa”, “Tiran en carretera restos humanos dentro de bolsas”, “72 indocumentados muertos en Tamaulipas”; las decapitaciones se dispararon a partir de 2006 por la guerra entre cárteles: “Tres cuerpos arrojados a una barranca”, “La guerra contra el narcotráfico ya llega a 831 municipios”, “Ejecutado delante de sus hijos”, “Ciudad Juárez, la ciudad más violenta del mundo”, “Veinte balaceras en Nuevo León y Tamaulipas”, “Enfrentamientos en Saltillo dejan un saldo de 4 muertos”, “Narcomantas aparecen a hora pico en Nuevo León”, “La guerra contra el narcotráfico suma 60 420 muertos”; cadáveres mutilados la cabeza cubierta por una bolsa de plástico, la boca tapada con cinta adhesiva, tiros en la nuca, tiros en las sienes, descabezados, ultrajados; María de la Luz Dávila, la madre de los dos estudiantes de dieciséis y diecisiete años asesinados en Juárez que se levantó a decirle a Calderón que no era bienvenido en Chihuahua el 12 de febrero de 2010; Marisela Escobedo, otra madre asesinada frente al Palacio Nacional de Chihuahua, el 17 de diciembre de 2010, cuando pedía la condena del asesino de su hija: ése es el saldo de la guerra de Calderón en contra del narcotráfico.

Según la revista *Time*, los cárteles se llevan de 30 a 40 mil millones de dólares al mes. También de los depósitos de Pemex, los cárteles han desviado a su favor más de mil millones de dólares. Y no se diga los dólares de los migrantes secuestrados.

“Nadie puede competir contra el dinero.”

Cuando ya llevábamos en el país más de 60 mil muertos por esta guerra y más de cien periodistas asesinados (México, el país más peligroso para ejercer el periodismo según Human's Rights Watch y Amnesty International), cuando más de 400 mujeres habían sido asesinadas en Ciudad Juárez, Chihuahua, surgió el movimiento #Yo soy 132, que cambió las reglas del juego. Levantó su voz en contra de un régimen de mentira y traición y sus porras limpiaron la atmósfera cargada de sangre. Gracias a ellos, México volvió a recuperar una facultad que ha hecho una falta enorme: la indignación.

Ya en 2006, el candidato de la izquierda Andrés Manuel López Obrador quedó a un 0.56% de ganar las elecciones, y muchos vivieron en el Zócalo durante cincuenta días en tiendas de campaña. Jesusa Rodríguez, la notable actriz y animadora del plantón, nos hizo leer a Thoreau, quien lanzó a la vida pública la consigna de la desobediencia civil, así como Jesusa habría de lanzar la de la Resistencia Creativa. Conocía yo *Walden, la vida en los bosques*, pero no *La desobediencia civil*, un texto esencial para la resistencia pacífica de movimientos como el de “Yo soy 132, que se inició con el rechazo al candidato del PRI, Enrique Peña Nieto, quien pretendió imponer sus guaruras y su modo de hacer política en la Iberoamericana, una universidad de niños hijos de papá y “niñas bien” privilegiadas.

El pago a Televisa de 346.3 millones de pesos para fabricar su imagen, como le consta a *The Guardian*, precedió la visita de Peña Nieto a la Ibero, pero lo que más llamó la atención pública es que los estudiantes le reclamaran al candidato del PRI lo sucedido el 3 de mayo de 2006 a los vendedores de flores en Atenco, estado de México, que habían protestado con machetes, palos y piedras contra la toma de un terreno en que se construiría un nuevo aeropuerto. Ese día la policía violó a veintiséis mujeres, entre otras a unas reporteras españolas que declararon que en ningún país

podría darse un trato tan cruel y degradante como se les dio a los habitantes de Atenco, al detenerlos en forma arbitraria y vil y allanar sus moradas pisoteando los derechos de niños y ancianos.

Un poco antes de morir, Carlos Fuentes declaró: “No quiero ni pensar en lo que puede pasarle al país si gana Peña Nieto”, cuando el candidato priista no pudo dar ni tres títulos de libros leídos a lo largo de su vida en la Feria del Libro de Guadalajara 2011. Tampoco logró responderle a *El País* cuánto costaba el kilo de tortilla, cuánto un boleto del metro y cuál era el salario mínimo en México.

El boleto del metro cuesta 3 pesos, el kilo de tortilla 12 pesos, el salario mínimo es de 62 pesos diarios. Esos datos me los dio Andrés Manuel López Obrador, que sí sabe.

“Gallito mata copete”, “¡Presidente, presidente!”, “¡Yo amo a México y no quiero al copetón, yo lo que quiero es a López Obrador!”, “Peña entiende, el pueblo no te quiere”, “Si hay imposición, habrá revolución”, “¡Fuera el IFE!”, “No estás solo, no estás solo” son las consignas que ahora se escuchan en las marchas de apoyo al gallo de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador. Resultan gigantescas al lado de las del 68 y se multiplican en todo el país. Asistimos maravillados a las marchas que hoy como ayer terminan en el Zócalo y comprobamos que los jóvenes son muy superiores a sus gobernantes.

“¡Sí se puede! ¡Sí se puede! ¡Sí se puede!” Sí, pero ¿cuándo? Tengo ochenta años y, desde 1968, nunca ha ganado mi candidato.

Hoy los integrantes del #Yosoy132 tienen más poder de convocatoria que los muchachos del 68. A través de las redes sociales que jamás tuvieron en 1968, los estudiantes hoy llegan hasta Estados Unidos y Europa, a diferencia de los chavos del 68 que imprimían volantes en un mimeógrafo que podía escucharse toda la noche en un pasillo de la Facultad de Filosofía y Letras de Ciudad Universitaria. Los del 68 tenían una ventaja: no vivían acosados por la guerra del narcotráfico, no corrían el riesgo de que los cazaran como conejos a media calle como ahora sucede en toda la

república; los padres de familia no imaginaban que de la noche a la mañana los convertirían en víctimas, como al hijo del poeta Javier Sicilia y tantos otros.

“¡El PRI es el gran obstáculo para la democracia!” “¡El PRI saca ventaja de la pobreza y la ignorancia de la gente y compra votos!” “A través de las dos cadenas de televisión, el PRI compró el voto de millones.” “¿Quién les puede creer ahora a Televisa y a TV Azteca?” En este año de 2012 regresa el PRI, pero el PAN le hizo al país en doce años el mismo daño (o peor) que el PRI en setenta.

Ojalá y a nadie se nos olvide que la lucha es una fiesta y que el futuro es joven, como diría mi admirado Hermann Bellinghausen.

PRIMERA PARTE

Ganar la calle

ÚNETE PUEBLO, NO NOS ABANDONES, ÚNETE PUEBLO.
PUEBLO, NO NOS ABANDONES, ÚNETE PUEBLO.

Mantas en la manifestación del 13 de agosto de 1968

Son muchos. Vienen a pie, vienen riendo. Bajaron por Melchor Ocampo, la Reforma, Juárez, Cinco de Mayo, muchachos y muchachas estudiantes que van del brazo en la manifestación con la misma alegría con que hace apenas unos días iban a la feria; jóvenes despreocupados que no saben que mañana, dentro de dos días, dentro de cuatro, estarán allí hinchándose bajo la lluvia, después de una feria en donde el centro del tiro al blanco lo serán ellos, niños-blanco, niños que todo lo maravillan, niños para quienes todos los días son día-de-fiesta, hasta que el dueño de la barraca del tiro al blanco les dijo que se formaran así el uno junto al otro como la tira de pollitos plateados que avanza en los juegos, click, click, click, click y pasa a la altura de los ojos, ¡Apunten, fuego!, y se doblan para atrás rozando la cortina de satín rojo.

El dueño de la barraca les dio los fusiles a los cuicos, a los del ejército, y les ordenó que dispararan, que dieran en el blanco, y allí estaban los monitos plateados con el azoro en los ojos, boquiabiertos ante el cañón de los fusiles. ¡Fuego! El relámpago verde de una luz de bengala. ¡Fuego! Cayeron pero ya no se levantaban de golpe impulsados por un resorte para que los volvieran a tirar al turno siguiente; la mecánica de la feria era otra; los resortes no eran de alambre sino de sangre, una sangre lenta y espesa que se encharcaba, sangre joven pisoteada en este reventar de vidas por toda la Plaza de las Tres Culturas.

Aquí vienen los muchachos, vienen hacia mí, son muchos, ninguno lleva las manos en alto, ninguno trae los pantalones caídos

entre los pies mientras los desnudan para cachearlos, no hay puñetazos sorprendidos, ni macanazos, ni vejaciones, ni vómitos por las torturas, ni zapatos amontonados; respiran hondo, caminan seguros, pisando fuerte, obstinados; vienen cercando la Plaza de las Tres Culturas y se detienen junto al borde donde la Plaza cae a pico dos o tres metros para que se vean las ruinas prehispánicas; reanudan la marcha, son muchos, vienen hacia mí con sus manos que levantan la pancarta, manos aniñadas porque la muerte aniña las manos; todos vienen en filas apretadas, felices, andan felices, pálidos, sí, y un poco borroneados, pero felices; ya no hay muros de bayonetas que los rechacen violentamente, ya no hay violencia; los miro a través de una cortina de lluvia, o será de lágrimas, igual a la de Tlatelolco; no alcanzo a distinguir sus heridas, qué bueno, ya no hay orificios, ni bayonetazos, ni balas expansivas; los veo nublados pero sí oigo sus voces, oigo sus pasos, pas, pas, pas, paaaaas, paaaaaas, como en la manifestación del silencio, toda la vida oiré esos pasos que avanzan; muchachas de mini con sus jóvenes piernas quemadas por el sol, maestros sin corbata, muchachos con el suéter amarrado a la cintura, al cuello; vienen a pie, vienen riendo, son muchos, vienen con esa loca alegría que se siente al caminar juntos en esta calle, nuestra calle, rumbo al Zócalo, nuestro Zócalo; aquí vienen; 5 de agosto, 13 de agosto, 27 de agosto, 13 de septiembre; el padre Jesús Pérez echó a vuelo las campanas de Catedral para recibirlos, toda la Plaza de la Constitución está iluminada; constelada con millares de cempazúchitl, millares de veladoras; los muchachos están en el corazón de una naranja, son el estallido más alto del fuego de artificio, ¿no que México era triste?, yo lo veo alegre, qué loca alegría; suben por Cinco de Mayo, Juárez, cuántos aplausos, la Reforma, se les unen trescientas mil personas que nadie acarrea, Melchor Ocampo, las Lomas, se remontan a la sierra, los bosques, las montañas, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad.

E. P.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
PRIMERA PARTE	
Ganar la calle	31
SEGUNDA PARTE	
La noche de Tlatelolco	205
CRONOLOGÍA	337